

“LA IMPORTANCIA DEL CLAVO”

Mensaje para el Día de Todos los Santos

Del pastor Norman Staker

2 de noviembre de 2025

DANIEL 7: 1-3, 15-18 ** EFESIOS 1: 11-23 ** LUCAS 6: 20-31

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA
RESUCITADO! ¡EN VERDAD HA RESUCITADO!

ntonces Jesús, mirando a sus discípulos, les dijo: «Bienaventurados ustedes los pobres, porque de ustedes es el reino de Dios. Bienaventurados ustedes los que ahora tienen hambre, porque serán saciados. Bienaventurados ustedes los que ahora lloran, porque reirán. Bienaventurados ustedes cuando los odien, los excluyan, los insulten y los difamen por causa del Hijo del Hombre. Alégrese en aquel día y regocíjense, porque su recompensa en el cielo será grande; pues así trataron sus antepasados a los profetas. Pero a ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan el bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los insultan».

Según cuenta la historia, construyeron una nueva iglesia y la gente venía de todas partes a verla. ¡Admiraban su belleza! En lo alto del tejado, un pequeño clavo oía a la gente alabar todo lo que rodeaba la hermosa estructura, ¡menos a él! Nadie sabía que estaba allí, y se puso furioso y celoso.

“Si soy tan insignificante, ¡nadie me echará de menos si renuncio!” Entonces el clavo soltó su agarre, se deslizó por el tejado y cayó en el barro.

Esa noche llovió a cántaros. Pronto, la teja que no tenía clavo se desprendió y el techo empezó a gotear. El agua manchó las paredes y los hermosos murales. El yeso comenzó a desprenderse, la alfombra se manchó y la Biblia del púlpito se arruinó por el agua. ¡Todo esto porque un simple clavo decidió soltarse!

¿Pero qué ocurre con el clavo? Mientras sujetaba la teja, era discreto pero útil. Enterrado en el barro seguía siendo discreto, pero ahora era inútil y pronto se oxidaría.

La moraleja es que cada miembro es importante para la iglesia. Quizás, como el clavo, a veces te sientas insignificante, pero al igual que el clavo, tu ausencia se siente. Cuando no estás presente en el culto, de alguna manera el cuerpo de Cristo sufre. TODOS somos, con mayúscula, parte del ministerio del Señor.

La importancia del clavo es el tema de mi mensaje este domingo. Un pequeño clavo que sujeta una teja del techo de la iglesia cumple una función muy importante en el cuerpo de Cristo. Y si ese clavo tiene una función tan importante, imagínense la que ustedes y yo tenemos que cumplir en el cuerpo de Cristo.

En la lectura del Evangelio de esta mañana, Jesús habla del cuerpo de Cristo. Esta es la versión de Lucas de las Bienaventuranzas; probablemente reconociste palabras similares en Mateo.

El cuerpo de Cristo, la iglesia, está formado por personas que han experimentado el sufrimiento de este mundo. Porque Jesús dijo que si eres pobre, si estás triste, si eres odiado, entonces formas parte del cuerpo de Cristo. El cuerpo de Cristo está formado por aquellos que han experimentado el sufrimiento de este mundo: tristeza, dolor, hambre, pobreza; todo aquello que nos recuerda nuestra imperfección. Esas son las personas que forman parte del cuerpo de Cristo.

En esta imagen de los santos, el cuerpo de Cristo, Jesús habla sobre la condición humana. Nos dice que, aun viviendo en medio de las imperfecciones de este mundo, somos bendecidos. No necesitamos ser perfectos ni fingir que el pecado de este mundo no afecta nuestras vidas.

Somos afortunados independientemente de lo que estemos experimentando.

Creo que esa reflexión es importante hoy en día. Un santo no es una persona perfecta en la tierra, sino alguien que reconoce el sufrimiento de este mundo y acude a Cristo en busca de consuelo y descanso. En nuestro mundo, anhelamos lo mejor, la fama y la fortuna, y si no lo conseguimos, pensamos que algo anda mal con nosotros. Esa es la teología de la prosperidad: afirma que si uno está bien con Dios, entonces todo en la vida también debería estarlo.

Pero Jesús claramente está hablando sobre la teología de la cruz. Jesús sabe que vivimos en un tiempo de transición. Somos salvos, es decir, somos santos, pero al mismo tiempo somos pecadores, no completamente redimidos. La semana pasada habríamos escuchado la frase en latín favorita de Martín Lutero: «Simul iustus et

peccator» (santo y pecador a la vez). Así que Jesús dice que, aunque seas un santo, redimido por la sangre de Cristo, tu vida tal vez no sea, ni será, perfecta. Bienaventurados los pobres, bienaventurados los hambrientos, bienaventurados los que lloran, porque un día llegará vuestra redención plena.

Jesús nos dice que somos bendecidos ahora a pesar de todo el sufrimiento que nos rodea y que debemos usar esa bendición para caminar con los santos que nos rodean.

Jesús nos está diciendo que somos como ese clavo; necesitamos mantener unido el cuerpo de Cristo amándonos los unos a los otros.

Billy Graham dice: “Los feligreses son como brasas en un fuego. Cuando se mantienen unidos, mantienen la llama encendida; cuando se separan, se apagan”.

Nos necesitamos mutuamente en el cuerpo de Cristo. Aunque a veces nos veamos como ese clavo, somos realmente importantes en el cuerpo de Cristo. Cuando permanecemos unidos, el cuerpo crece y la luz resplandece.

Esto se demuestra claramente en el siguiente ejemplo: Randy Frazee escribió un libro titulado «La Iglesia Conectada». Tiene un hijo que nació sin la mano izquierda. Un día, en la escuela dominical, la maestra hablaba con los niños sobre la iglesia. Para ilustrar su punto, juntó las manos y dijo: «Aquí está la iglesia, aquí está el campanario; abran las puertas y vean a toda la gente».

Les pidió a los demás alumnos que lo hicieran con ella, sin pensar, obviamente, en la incapacidad del pequeño Frazee para realizar el ejercicio. Entonces se dio cuenta de que el niño no podría participar.

Antes de que ella pudiera hacer nada al respecto, el niño pequeño sentado junto al hijo de Frazee, un amigo suyo desde que eran bebés, extendió su mano izquierda y dijo: "Hagámoslo juntos". Los dos niños procedieron a unir sus manos para formar la iglesia y el campanario.

«Hagámoslo juntos» es la frase clave. Como cuerpo de Cristo, debemos hacerlo juntos. Debemos ayudarnos mutuamente en nuestra fe. Debemos conectarnos con el Espíritu de Cristo. En el cuerpo de Cristo, somos importantes los unos para los otros. Nos conectamos en ese cuerpo de Cristo. Nos conectamos al dar la paz. Nos conectamos al extender la mano y decir buenos días. Nos conectamos al ofrecer consuelo. Nos conectamos al tender la mano para ayudar a alguien en su dolor.

Esto es precisamente lo que Jesús nos manda hacer: amar de una manera que va en contra de la naturaleza humana. Pero ¿cómo lo hacemos?

En el texto de esta mañana, se nos llama a amar. Jesús no especifica si tendremos enemigos, sino que da por sentado que los tendremos y que habrá quienes se opongan. Y debo admitir que su mandato es un tanto difícil de aceptar; esto es lo que dice: «Pero a ustedes que me escuchan les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan».

No solo nos dice que evitemos la venganza; Jesús nos dice que hagamos el bien en lugar de buscar venganza, que pronunciemos bendiciones en lugar de insultos y que oremos por aquellos que nos hacen daño.

Amar a nuestros enemigos significa negarnos a que el odio arraigue en nuestros corazones. Significa reconocer que incluso quienes nos hacen daño son personas creadas a imagen de Dios. Este amor requiere una fuerza sobrenatural que solo se encuentra en una comunión íntima con Jesús, y cuando elegimos amar, es cuando realmente reflejamos el carácter de Cristo.

Amigos, el amor no es un sentimiento; el amor es una decisión.

Si alguien te ha hecho daño, Jesús no te pregunta si quieres amarlo; te manda que actúes con amor. Te dice que ores por ellos, que los perdones y que los ames.

Entonces, estamos llamados a la bondad radical. ¿Qué es eso? “Si alguien te abofetea en una mejilla, ofrécele también la otra”.

El mundo dice: «Véngate», pero Jesús dice: «Sé misericordioso». Extender la gracia no es debilidad... es romper el ciclo de la venganza. En lugar de responder con la misma moneda, respondemos con bondad.

La bondad radical implica amar más allá de lo conveniente. Significa salir de nuestra zona de confort para extender la gracia a quienes creemos que tal vez no la merecen. La bondad inesperada deja una huella profunda; revela el amor de Dios de forma tangible. No se trata de ser pasivos, sino de demostrar una fortaleza que nace de la confianza en la justicia divina.

¿Quién es la persona más difícil de amar en tu vida? ¿Y si Dios te llama a dar el primer paso hacia la bondad? ¿Lo harás? ¿Extenderías la mano del perdón u ofrecerías ayuda incluso cuando no la mereciera? Los pequeños actos de bondad pueden transformar las relaciones.

Mientras Jesús colgaba en la cruz, no maldijo a sus enemigos; oró: «Padre, perdónalos». Ese es el tipo de amor que estamos llamados a reflejar. Si Jesús, en su sufrimiento, pudo mostrar misericordia a quienes lo crucificaron, ¿acaso no podemos hacer lo mismo en nuestra vida diaria?

Cuando amamos como Jesús, revelamos el corazón de Dios al mundo. ¿Hay alguien a quien necesites perdonar hoy? Quizás sea un familiar o un compañero de trabajo; quizás necesites perdonarte a ti mismo. ¿A quién necesitas perdonar? ¿A quién te llama Dios a amar de forma radical esta semana?

“En el mayor acto de misericordia, Jesús colgó de la cruz y oró: 'Padre, perdónalos'. No solo habló de amar a los enemigos; lo vivió. Si Él pudo amar así, ¿qué nos impide hacer lo mismo?”

Hoy es el Domingo de Todos los Santos. Leí en uno de mis comentarios que los católicos romanos cuentan a los santos por cientos, ¡los luteranos por decenas de miles! ¡Sí, lo leyeron bien, decenas de miles! ¿Eres uno de ellos? ¡Deberías serlo! ¡Estás llamado a ser santo! Hoy, al honrar a los santos, les recordamos esta alta vocación. He conocido y recuerdo a muchos santos que han alcanzado la gloria celestial; hablo de muchos aquí presentes a quienes recuerdo por su santidad en mi ministerio, y de muchos otros en mi iglesia. Estoy seguro de que todos ustedes pueden pensar no solo en miembros de Bethel, sino también en otras iglesias a las que han asistido a lo largo de su vida. Y aunque seguimos contando a los que ya son santos, hoy nos miramos al espejo y nos decimos a nosotros mismos: ¡Feliz Día de Todos los Santos!

¡¡AMÉN!!